

bre, y por otro al esclavo. Este estaba privado de todos los derechos; no era reputado como persona, sino como cosa, mientras que su dueño tenía sobre él un derecho tan absoluto, que podía á su placer destrozarle el cuerpo, arrojarle á los viveros de pescados, ó hacerle espirar sobre una cruz. A su vez tambien el ciudadano libre sentia la ley del mas fuerte: anonadado con relacion á la sociedad nacional, en nada se consideraba su individualidad; y aun él mismo se creia destinado fatalmente al sacrificio de su patria. Si nos remontamos hasta la sociedad política, encontraremos asimismo el despotismo mas absoluto: veremos á los reyes deificados, y á los súbditos esclavos; ó veremos en las democracias turbulentas, facciosas y salvajes á los grandes oprimiendo al pueblo, ó al pueblo tratando de oprimir á los grandes; siempre en eterna lucha. Para concluir, veremos á toda la humanidad, no como una gran familia de hermanos, sino cual la imágen que ofrece un campo de batalla, disputado siempre y ocupado á su vez por el mas audaz y poderoso. Guiados por el instinto de la unidad, y arrastrados por una ambicion insaciable, todos los grandes conquistadores pretendieron sojuzgar la tierra entera. Nabucodonosor, Sesostris, Ciro y Alejandro, probaron realizar una opresion universal; y si no lo consiguieron, fué porque les faltaron los medios, pero no la voluntad.

Algunos aventureros, sin embargo, se reunieron para fundar una ciudad, que por una especie de prevision de sus destinos se llamó *la fuerza*. Poseidos de un espíritu atrevido y emprendedor sus fundadores, concibieron el pensamiento de realizar la obra que no pudieron llevar al cabo los antiguos conquistadores. Tal pensamiento, que de la cabeza de un hombre habia pasado á la de una ciudad, y muy pronto á un gran pueblo, tomó cuerpo y vida, y no volvió á morir. Roma continuó la tarea con una perseverancia asombrosa y con una inteligencia admirable sobre el uso de la conquista. Roma, afortunada en sus empresas, derramó sus legiones por

todas partes y todo cayó bajo sus armas; y las naciones vencidas y humilladas, vinieron sucesivamente á prosternarse á sus piés; encorvadas bajo su yugo; y un dia en la persona de su emperador, subió al templo de Jano y cerró sus puertas. La tierra vencida por su poderosa mano no osaba agitarse, y resignada, se prestaba á vivir en la paz de la servidumbre universal. Entonces Roma embriagada de entusiasmo, entonó un himno de triunfo, y por la melodiosa voz del poeta cantó: "Dióme un imperio sin límites." *Imperium sine fine dedid.*

De esta manera fué cómo la libertad, arrastrada por móviles funestos, y colocada fuera de las condiciones de su legítimo ejercicio, descendió rápidamente, despues de haber perdido la noble paz, la felicidad pura de la sociedad moral, ó la edad de oro, hasta la innoble voluptuosidad, hasta la calma degradante, hasta la inmovilidad afrentosa de la sociedad material, en las estrechas veredas de la edad de hierro.

## CAPITULO V.

Como un nuevo reino que habia sido anunciado y era esperado,  
habia de ser el que destruyese el reino de Satanás.

Anarquía moral, sociedad material; hé aquí el estado de la sociedad. ¿Para llegar á él era para lo que Dios la habia hecho libre? ¿Y para esto la libertad vagando á la ventura, precipitándose como insensata en todo género de excesos, habia de merecer, por una justa represion, que se la encadenase como á una vil esclava en sus formas visibles? ¿Su suerte se habia fijado definitivamente? ¿habia tocado su última perfeccion? ¿y el reinado del capricho y de las pasiones, templado por el terror del sable, habia recibido su sancion para siempre? Los pueblos no lo creyeron. En tanto

que gemian abatidos bajo la mano de hierro de sus opresores, se escapa de los últimos latidos libres de su corazón un grito de esperanza, que repitiéndose en distintos ecos viene á turbar la alegría de los vencedores. No, no conteis mas, romanos, con el poder y el orgullo de vuestros pensamientos y de vuestras conquistas; vuestro imperio no será largo, y ya la hora ha llegado de que un imperio nuevo se establecerá sobre los escombros del vuestro. Así es como los graves escritores, los poetas ilustres, los grandes historiadores nos refieren esta espectacion ansiosa, que era el único consuelo del mundo oprimido. Ciceron cuenta, cómo los antiguos oráculos de las Sibilas habian anunciado para un tiempo, que se creia seria el mismo en que vivia el grande orador, la venida de un rey, á quien era necesario reconocer para poder salvarse.<sup>1</sup> Virgilio canta la venida de la última edad, que habia predicho la Sibila de Cumas, y el nuevo orden de los siglos que de este punto habia de volver á comenzar.<sup>2</sup> Tácito, Suetonio y Josefo aseguran, casi en los mismos términos, que en todo el Oriente existia el rumor de una antigua opinion, sobre que estaba señalado en los destinos del mundo, que por aquel tiempo habia de verse salir de la Judea á los que regirían el universo.<sup>3</sup> ¿De dónde podian venir estas singulares preocupaciones? ¿cuál habia sido su origen? ¿Dónde se habia tenido, sobre todo, la idea de que los nuevos conquistadores saldrian de la Judea, ese pais contenido en tan estrechos límites, tan débil, y que apenas se le percibia en medio de la vasta aglomeracion de los pueblos? Solo los espíritus elevados, y que se habian educado y formado en la escuela de una verdadera y profunda filosofia de la historia, podian haberlo comprendido. Ellos solos podian tener la nocion de que no hay sino una sola verdadera fuerza, la

1 De Divin., I, 2. c. 54.

2 Eglog. 4.

3 Tacit., Hist., I, 5, cap. 13.—Suet., In. Vesp., 4.—Joseph. Bell. jud., I, 6, c. 31.

fuerza de la verdad; que la espada se rompe, y que solo la verdad prevalece. Pero de todos los pueblos, aquel solo era en el que se habia conservado la primera verdad, aquella de que todas las demas emanan, y que es la que hace la vida de las naciones, la verdad acerca de Dios; aquel solo, á pesar de la corrupcion universal de las ideas sobre la naturaleza del Ser Supremo, á quien los paganos habian reducido á tan mezquinas proporciones, era el único, decimos, que habia persistido en reconocer y adorar esa naturaleza infinita y omnipotente. Pudo comprenderse, pues, reflexionando en ello, que los mensajeros de esta idea tan sublime y útil obtendrian al fin el triunfo. Pero no era sobre tales consideraciones filosóficas, demasiado profundas por otra parte para aquel tiempo, sobre lo que se fundaban aquellos rumores populares, que circulaban de un extremo á otro del mundo; ellos venian desde mas alto; tenian por origen la voz de Dios mismo. Esa voz divina que habia pronunciado el *fiat* poderoso de la creacion, y á la que la criatura libre é infiel á sus preceptos compelia á pronunciar contra ella una sentencia terrible, se suspendió un instante entre aquellos dos momentos solemnes para cumplir un grande acto de justicia, y que era al mismo tiempo un acto de suprema sabiduría y de infinita misericordia. Antes de herir con un último golpe á las víctimas de la tentacion, el Señor, dirigiéndose al gran culpable, al autor de todos los males, al espíritu tentador, le lanzó una maldicion profética, que contenia el germen de los destinos futuros del mundo. “Yo pondré, le dijo, una enemistad entre tí y la mujer, entre tu descendencia y la suya; y ella será la que ha de quebrantar tu cabeza.”<sup>1</sup> Todavía encontramos esta narracion en el libro sagrado de los hebreos, el mas respetable, y aun humanamente hablando, el mas antiguo de todos los libros, de donde ya hemos tomado noticias tan preciosas y tan admirablemente concordantes con las tradicio-

1 Genes., c. 3.

nes del pecado y del diluvio. Allí mismo se halla claramente indicada una lucha futura entre la descendencia de *la mujer* y la descendencia de Satanás, lucha terminada al fin por la derrota de este último. Dios condenaba á Satanás á ser un día vencido por la descendencia de la mujer, y esta sentencia podia considerarse, con buena razon, como el primer oráculo mesiánico acerca de la redencion de la especie humana. No era éste, sin embargo, un oráculo aislado y sin mas valor que el que quiera buenamente concedérsele ó negársele, no, porque él habia sido acogido y apoyado por las tradiciones universales. Todas las naciones lo han respetado, han creído en él, y sobre esta fé han esperado al Libertador que debia triunfar del genio del mal. Voltaire, Boulanger, Volney, convienen y reconocen entre todos los pueblos la universal espectacion de un gran mediador, de un último juez, salvador futuro, rey, Dios conquistador y legislador, que vendria del Oriente, polo de todas las esperanzas, que volveria á traer la edad de oro sobre la tierra, y libraria á los hombres del dominio del mal.<sup>1</sup> Por todas partes este mediador está representado como un Dios de bondad que descende á la tierra, se reviste de la forma humana, sufre la persecucion y la muerte, para abrir y mostrar á los hombres el camino del cielo. Comunmente se le hace nacer milagrosamente de una vírgen. Ya es *Epaphus*, ese niño maravilloso prometido á la *vírgen Io* para librar al hombre del buitre roedor, al cual una *mujer-serpiente* habia dado el sér; ya es el *Dios del Olimpo*, ese *querido hijo de un padre enemigo*, que, segun la tradicion reproducida por Esquilo, debia ofrecerse en sustitucion á nuestros sufrimientos; ya *Orus* descendiendo de *Isis*, al que debia sobreponer sin destruirlo la serpiente *Tiphon*, segun los egipcios; que debia nacer de *Isis-Vírgen*, segun los galos; es *Hércules*, que ha de ahogar á la *Hydra* de Lerna y

<sup>1</sup> Vol., Addit. á l'hist. gen., p. 15.—Voln., *les Ruines*, p. 228.—Boul., *Rech. sur le desp. Orient.*, p. 116.

devolver á los hombres los frutos de oro de aquel maravilloso jardin de donde habian sido escludidos; es el *Mithras* de los persas, aquel mediador que habia salido victorioso de *Ahrimanes*; es el *Wischnou* de los habitantes de la India, cuya encarnacion habia tenido por objeto reparar los grandes males causados por la *gran serpiente Kaliya*; el *Genteolt* de los mexicanos, que debia triunfar de la ferocidad de otros dioses, traer una reforma bienhechora, y combatir á la *culebra*, que habia seducido á la *madre* de nuestra carne; es el dios *Thor*, primogénito de los hijos de Odin, y el mas valiente de los dioses, que debia vencer en un combate particular á la *gran serpiente Migdard*, y perder él mismo la vida en la victoria: es el *Logos* de Platon, el *Sabio universal* de Sócrates, el *Santo* de Confucio, el *Monarca universal* de las Sibilas, el *Rey* tan temido de los romanos, el *Dominador* esperado en todo el Oriente; tal se hallaba bajo diversas figuras simbólicas, la profecía del *Mesias Salvador* en el fondo de todas las teogonías.<sup>1</sup>

Todas estas tradiciones, como es fácil verlo, conservando en un todo la esencia del hecho, le habian trasfigurado cada una segun su espíritu, le habian representado bajo diversos *mythos* ó imágenes que no le dejaban traslucir sino al través de los colores groseros de un prisma, que obscureciéndose mas y mas, le harian muy pronto impenetrable. Pero Dios en su inexhausta bondad sabia procurar el remedio á este nuevo mal. Teniendo compasion de la humanidad, ya bastante infortunada, para dejar perder entre sus manos las verdades mas esenciales á su existencia, y hasta las esperanzas de redencion que le habian sido concedidas, resolvió cubrir un lugar especial de la tierra con su poderosa proteccion, sustraerlo á la influencia del reino de Satanás, y conservar en él intacta la verdad con la memoria de su nombre y de

<sup>1</sup> Véanse los *Estudios filosóficos sobre el cristianismo* por Mr. Aug. Nicolás, p. 218, t. II.

sus promesas, á fin de que el dia señalado para su venida, el Libertador pudiera presentarse entre los suyos, y hacerse reconocer por signos fijados desde antes como ciertos é inequívocos. Para llegar á este gran resultado, para sostener durante un gran número de siglos en la vía recta á un pueblo pequeño, rodeado por todas partes de pueblos idólatras, espuesto á las tentaciones, á las persecuciones, al ridículo, á la fuerza, en fin, irresistible del ejemplo, un gran milagro, que no se ha comprendido bastante, un gran milagro era necesario; pero Dios podia hacerlo, y lo hizo. En la posteridad de un solo hombre justo, Él se escogió un pueblo, prediciéndole los mas altos destinos; y á pesar de todos los obstáculos verdaderamente insuperables, ya estraños, ó ya producidos por ese pueblo mismo, Dios le sostuvo durante veinte siglos en la fidelidad y obediencia á su ley. Pero una razon mas particular todavía, una razon principal, ó para mejor decir, superior á todas las demas, mostraba la solitud de Dios por su pueblo elegido: era que entre los destinos anunciados á este pueblo, habia uno que tocaba á los mas sublimes, á los mas inefables designios del cielo. Hallándose todas las naciones sometidas al yugo de Satanás, no podian ser dignas de que naciese en ellas el Mediador futuro: Dios restringia las promesas generales hechas en otro tiempo á la descendencia de la mujer, á la única raza de Abraham que se habia hecho desde entonces depositaria de las esperanzas de la humanidad.

Un dia, refiere la Escritura, el Señor se apareció á Abraham en Ur de los Caldea, y le dijo: "Abandona tu tierra y tu heredad, deja la casa de tu padre, y ven á la tierra que yo te mostraré. Yo haré salir de tí una gran nacion, te bendeciré, y en tí serán bendecidos todos los pueblos de la tierra. Yo te lo juro por mí mismo, todos los pueblos de la tierra serán bendecidos en aquel que saldrá de tí."<sup>1</sup> Estas magníficas promesas

1 Gen., c. 12 y 22.

fueron otra vez renovadas por Dios, casi en los mismos términos, á Isaac, uno de los dos hijos de Abraham, y á Jacob, uno de los dos hijos de Isaac. "Yo seré contigo, dijo á Isaac, y te bendeciré, para cumplir el juramento que hice á tu padre Abraham. Yo multiplicaré tus hijos como las estrellas del cielo, y todas las naciones de la tierra serán bendecidas en aquel que vendrá de tí."<sup>1</sup> "Yo soy el Señor Dios de Abraham y de Isaac, dijo á Jacob; tu posteridad será numerosa como los granitos del polvo, y todas las naciones de la tierra serán bendecidas en aquel que vendrá de tí."<sup>2</sup>

De esta manera Dios escogió á su pueblo y le reveló claramente que estaba destinado á dar al mundo su Libertador futuro. Pero no se limitó á esto su bondad. Cuando volviendo á su perenne reposo, dejó de hacer oír su voz en la tierra, le envió mensajeros que, iniciados en los secretos del cielo, y desenvolviéndolos con mas claridad de pormenor y mas precision, luchasen siempre contra la indiferencia y el olvido de los hombres.

Aquí comienza esa sucesion no interrumpida de personajes estraordinarios, únicos en el mundo, que probaron todos no solamente que sabian leer en el gran libro del porvenir, sino lo que parece inconcebible, que estaban acordes en distinguir en medio de los grandes acontecimientos futuros, uno solo y único entre todos, en presentarlo con todos sus caracteres, y darlo como el acontecimiento esperado, como el acontecimiento regenerador de la humanidad. La mision profética fué confiada desde luego á los patriarcas, á los jefes del pueblo, á los reyes: despues, cuando las bocas de estos no eran bastante puras para proclamar los oráculos divinos, Dios fué á buscar en otra parte á los dignos intérpretes de su voluntad. Fijó mas frecuentemente su eleccion en los hombres sencillos y austeros que, viviendo lejos del mundo,

1 Genes., c. 26.

2 Ibid., c. 28.

en el silencio, la penitencia y la oracion, no salian de su retiro sino para venir á llorar sobre las iniquidades del pueblo de Israel, para reprochárselas despreciando los tormentos y la muerte con que muy frecuentemente era recompensado su celo, y para anunciarle, en fin, las terribles calamidades que le amenazaban si no volvía en sí de sus extravíos.

Piénsese lo que se quiera acerca de los profetas; pero no por eso será menos cierto que la aparicion de esos hombres, la mision que llenaron, la conservacion de sus escritos, tenidos como inspirados por el pueblo, á quien reprendian tan severamente; llevados á todas partes, y venerados aun por ese propio pueblo al que en los mismos escritos se condenaba; su correlacion maravillosa sobre un hecho cuyos pormenores analizaron pero sin variar nunca en el fondo; el crédito que sus predicciones llegaron á obtener en el mundo, todo esto, decimos, es todavía uno de esos fenómenos que la razon no puede explicar por causas comunes y conocidas.

El patriarca Jacob abrió la era profética, y tomando la historia de la promesa desde el punto donde Dios la habia dejado, reveló á sus hijos cuál de ellos se contaria entre los abuelos del Libertador. "Reuníos, les dijo antes de morir, reuníos, á fin de que yo anuncie quién debe llegar en los dias últimos." Cada uno á su turno tuvo su prediccion especial; pero cuando le tocó el suyo á Judá, Jacob le dijo palabras que los otros no habian oido. "Judá, tus hermanos te alabarán, tu mano estará sobre la cabeza de tus enemigos; *los hijos de tu padre se inclinarán delante de tí.* El cetro no saldrá de Judá, ni el príncipe de su posteridad, hasta que venga *aquel que debe ser enviado, y que será esperado de las naciones.*"<sup>1</sup> Despues de esta solemne prediccion, el anciano hijo de Isaac se durmió en la paz de una firme esperanza, diciendo: "Yo espero, Señor, al salvador que vos debeis enviar."<sup>2</sup>

1 Genes., c. 49.

2 Ibid.

Moisés, jefe, libertador y legislador de Israel, que se habia elevado ya á la gerarquía de pueblo, apareció en seguida. Arrojando desde el punto de vista en que se hallaba colocado una mirada profunda sobre los tiempos futuros, descubrió un profeta mas grande que los demas, y el que únicamente despues de él debería ser tambien jefe, libertador y legislador. "Las naciones cuya tierra poseeréis, les dijo á los hebreos, escuchan los augurios y á los adivinos; pero vosotros estais instruidos de otra manera por el Señor vuestro Dios. El hará nacer de vuestra nacion y de entre vuestros hermanos *un revelador como yo: vosotros le escucharéis*, porque el Señor me ha dicho: Yo suscitaré de en medio de tus hermanos, *un revelador como tú: yo pondré mis palabras en su boca*, y él les dirá todo lo que yo le ordenaré: Y aquel que no quiera oir las palabras que él dirá en mi nombre, yo lo perseguiré en mi venganza."<sup>1</sup>

Recojamos, de paso, el testimonio de un profeta extranjero, de Balaam, adivino de Bethor en el pais de los armenios, que gozaba las visiones del Omnipotente. Balac, rey de los moabitas, le hace venir á su campo y le dice: "Ven y maldice á Jacob; apresúrate y detesta á Israel." Pero Balaam, contemplando á Israel desde lo alto de las montañas, "¿Cómo he de maldecir, dijo, al que Dios no maldice? Ese pueblo vivirá separado de los demas pueblos y no se mezclará con las naciones." Elevándose despues á mas alta inspiracion el adivino de Bethor, arrebatado por una vision inesperada, esclama: "*Yo lo veo*, pero no está todavía; *yo lo contemplo*, y aun está lejos de aparecer. Una *estrella* saldrá de Jacob, un *cetro* se elevará de Israel: el *Dominador* saldrá de Jacob, y abatirá á todos los hijos de Seth (es decir, á todos los hombres.) ¿Quién vivirá cuando Dios haya cumplido sus designios? Yo veo unos hombres venir de la *tierra itálica* sobre unos bajeles: destruirán á Assur, á Heber, y al fin pere-

1 Deuteron., c. 28.